

CURSO: “EL APRENDIZAJE EN
PREESCOLAR. UN DESAFÍO PARA LA
PRACTICA DOCENTE”

PRODUCTO FINAL: LA NARRATIVA

DOCENTE: SANDRA GUADALUPE
SANCHEZ PAZ

CONRUMBO

NIVEL EDUCATIVO: PREESCOLAR

Introducción

El trabajo docente en preescolar enfrenta diversos retos dependiendo del contexto en el que se lleve a cabo. En regiones como Yucatán, donde las comunidades rurales preservan una rica herencia cultural y lingüística, el papel del maestro trasciende la enseñanza académica para convertirse en un puente entre las tradiciones locales y las exigencias educativas actuales. La diversidad cultural, las barreras lingüísticas y las diferencias en los niveles de desarrollo infantil se convierten en desafíos que, lejos de ser limitaciones, representan oportunidades para implementar estrategias pedagógicas innovadoras y contextualizadas.

Esta narrativa explora la experiencia de una docente que, al incorporarse a un nuevo entorno en una comunidad yucateca, enfrenta tanto desafíos como aprendizajes. Desde la necesidad de adaptarse al bilingüismo maya-español hasta la creación de proyectos significativos que vinculen las costumbres locales con los objetivos educativos, este relato ilustra cómo la flexibilidad, la creatividad y la colaboración con las familias son clave para construir una práctica educativa enriquecedora y transformadora.

Ser maestra siempre ha sido mi pasión, pero cuando recibí la asignación para trabajar en una comunidad rural de Yucatán, supe que este sería un capítulo completamente nuevo en mi carrera. A pesar de mi experiencia previa en contextos urbanos, sentí una mezcla de entusiasmo e incertidumbre. ¿Cómo sería trabajar con niños en un entorno tan diferente? ¿Podría adaptarme a sus costumbres y necesidades? Con estas preguntas en mente, comencé esta experiencia con el firme propósito de aprender y aportar lo mejor de mí.

Desde el primer día, la calidez de las familias me hizo sentir bienvenida. Vi cómo los padres llegaban temprano con sus hijos, muchos acompañados por abuelitos o hermanos mayores. Los niños estaban emocionados, pero también había caras tímidas y algunos llantos. Me acerqué a saludar y, aunque algunos niños me miraron con desconfianza, otros corrieron a abrazarme como si ya me conocieran.

En esa primera semana, me di cuenta de varios retos que tendría que enfrentar. Uno de los más evidentes era el idioma. Muchos de mis alumnos hablaban maya en casa, y aunque había estudiado algo de la lengua y la cultura, no me sentía del todo preparada para comunicarme fluidamente con ellos. Por momentos, sentía que ellos entendían más de mí de lo que yo lograba entenderles. Para superar esto, decidí tomar un enfoque práctico: comencé a aprender frases básicas en maya, con la ayuda de los abuelos y padres, y las integré en las actividades diarias. Además, utilicé canciones y juegos bilingües que ayudaron a crear un ambiente inclusivo y enriquecedor para todos.

Otro desafío era el nivel de desarrollo de los niños. Algunos nunca habían asistido a una guardería ni participado en actividades de aprendizaje formales. Esto se reflejaba en sus habilidades motoras y sociales: mientras algunos podían sostener un crayón y dibujar líneas o figuras básicas, otros apenas lograban hacer garabatos. Para abordar esto, implementé estrategias como estaciones de trabajo, donde los niños podían explorar actividades adaptadas a sus niveles. Introduje juegos manipulativos para fortalecer la motricidad fina y actividades de movimiento que ayudaran a mejorar su coordinación. También fomenté un ambiente colaborativo, donde los niños más avanzados ayudaran a sus compañeros, promoviendo tanto el aprendizaje como la convivencia.

Decidí que lo primero era conocerlos, entender sus intereses y observar cómo interactuaban. Ese mismo día, mientras estábamos en el patio, noté que les encantaba hablar de sus casas, de los animales que cuidaban y de las fiestas que se celebraban en el pueblo. Fue entonces cuando se me ocurrió crear un proyecto llamado *“Las historias de mi comunidad”*. Mi idea era que los niños pudieran describir personajes, lugares y tradiciones locales, conectando el aprendizaje con su vida cotidiana. Para hacerlo más efectivo, invité a las familias a participar, compartiendo relatos o colaborando en actividades prácticas, como dibujar sus casas o construir maquetas de sus comunidades.

Conclusión

Esa semana también aprendí mucho de las familias. Algunos abuelitos me contaron leyendas de la región, como la del *alux* o los *dzules*, mientras los padres me hablaron de las dificultades económicas que enfrentaban, pero también de su profundo deseo de que sus hijos aprendieran y fueran felices. Esto me motivó a integrar recursos sencillos pero significativos, como materiales reciclados, elementos de la naturaleza y cuentos locales. Además, incluí dinámicas grupales que fomentaran la participación de todos, ayudando a los niños a sentirse parte de un grupo y fortaleciendo su autoestima.

Aunque solo llevo una semana aquí, siento que cada día es una oportunidad para aprender y crecer junto a los niños y sus familias. Sé que habrá desafíos, pero también sé que estoy en el lugar correcto para hacer una diferencia, no solo en sus vidas, sino también en la mía. Con estrategias claras, el apoyo de la comunidad y la voluntad de adaptarme, estoy convencida de que juntos lograremos superar cualquier obstáculo y construir un espacio donde todos podamos aprender y prosperar. Esta experiencia no es únicamente un trabajo; es un viaje lleno de aprendizajes, emociones y conexiones profundas con una comunidad que, desde ya, siento como mi hogar.